

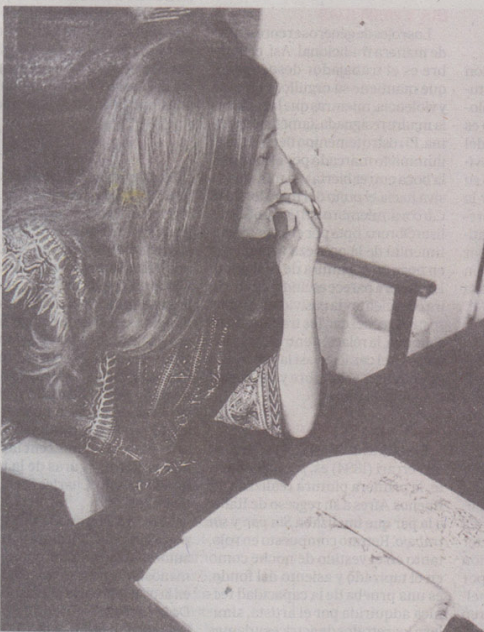
**Sin título (c. 1970)**  
La obra, en tinta sobre papel, se encuentra en el Getty Museum  
GENTILEZA GALERÍA HENRIQUE FARIA

**Perfil**

# Mirtha Dermisache

## La esencia de la escritura

**POESÍA VISUAL.** Mientras la obra de la artista argentina se valoriza en el mundo, el Malba prepara una muestra para agosto de este año



ARCHIVO DERMISACHE

**María Paula Zacharías**  
PARA LA NACION

Durante toda su vida, Mirtha Dermisache escribió una historia inexplicable e infinita. Trazó en libros, cartas, carteles, postales, artículos, reportajes, boletines informativos y diarios una marea de signos ilegibles, convencida de que esa tarea era la suya. Sus papeles hoy provocan la atracción de lo indescribible. Un placer se esconde en su regodeo en el dibujo de la palabra, en ese automatismo estético y literario que duerme en los cajones de un departamento de Retiro, donde funciona su archivo.

Desde su muerte, en 2012, sus herederos y su albacea se abocan allí a la organización y catalogación de su obra y documentos, y la galería Henrique Faria ha logrado una revalorización internacional de su figura. Varios de sus trabajos salieron de aquellas planeras para integrar el acervo de los museos más importantes del mundo.

Ildure Alonso, curadora asociada de arte latinoamericano del Getty Research Institute, eligió para la institución la obra *Sin título* (c. 1970). Otras dos obras de aquellos años fueron elegidas por João Fernandes, subdirector del Reina Sofía, para sumarla a la colección del museo madrileño. Recientemente, un conjunto de seis obras de 1970 fue adquirido por la Tate de Londres. Hace años que sus ediciones se guardan en la Bibliothèque Kandinsky del Centro Pompidou.

En el país, el Malba ha adquirido *Libro n°6*, de 1971 –que incluyó en *Verboamérica*, la exposición de su colección permanente– y tiene programada una muestra para agosto de 2017. El Museo Nacional de Bellas Artes, en tanto, está en proceso de incorporar dos obras a su acervo.

“Hemos puesto en valor de circulación y de espacio una obra que ya tenía valor artístico; Mirtha ya había accedido a tener otra visibilidad”, dice Mauro Herlitzka, galerista, pero antes coleccionista de su obra.

Quizá los artistas de hoy no tendrán esas cajas de cartas mecanografiadas o manuscritas donde personajes de la cultura mundial se pronunciaban sobre una obra. En el Archivo Dermisache se atesoran muchas, y la más citada es la del

semiólogo Roland Barthes, que en 1971 le abrió varias puertas con unas pocas líneas en las que ponderaba la valiosa calidad plástica de su trabajo y la extrema inteligencia de los problemas teóricos de la escritura que suponía: “Usted ha sabido producir un cierto número de formas, ni figurativas ni abstractas, que podrían ubicarse bajo el nombre de escritura ilegible”, escribió Barthes, para quien la artista había dado con la esencia de la escritura.

**Sutileza y rigor**

Dermisache nació en Buenos Aires en 1940. Una chica silenciosa, algo solitaria. Los ojos pardos, el pelo lacio y castaño acariciándole la cara. Tras su paso por las escuelas de Bellas Artes Manuel Belgrano y Prilidiano Pueyrredón, se abocó rigurosamente a trabajar en su obra. En 1967 realizó su primer libro de 500 páginas de grafismos, y ya no pudo abandonar más esa práctica, en continuo cambio.

No creta que sus obras fueran piezas únicas para colgar en museos, sino manuscritos que debían editarse por cientos y venderse a precio módico en librerías. Su obra múltiple –hojas no podía tener ninguna palabra impresa, sólo una nota de presentación desprendible con las referencias al autor, editor y colección. Al sacar aquella faja, sus piezas se volvían absolutamente autónomas. Las primeras tiradas fueron realizadas entre 1970 y 1978 por el Centro de Arte y Comunicación (CAyC) dirigido por Jorge Glusberg. Dermisache fue la única mujer invitada por el Grupo de los 13. Luego, con el editor Guy Schraenen de Amberes, sus publicaciones y muestras circularían por Europa. Desde 2005, sus obras se ofrecían también en la pared del espacio, en lecturas públicas y textos murales.

“La sutileza y el rigor de su trabajo de escritura sin palabras, de tipografía sin texto y de dibujos sin imágenes hacen de Mirtha Dermisache una de las artistas fundamentales no sólo del arte argentino, sino también de lo que hemos llamado en el plano internacional poesía visual”, dice hoy el crítico francés Philippe Cyroulnik, amigo personal de la artista, editor de 500 afiches explicativos para la muestra *PLC Punto, Línea y Curva* del Centro Cultural Borges, en 2011.

“Tuve el privilegio de escribir la primera nota sobre ella. Siempre la consideré una artista única. Y una mujer de sensibilidad muy aguda”, dice Edgardo Cozarinsky. En 1970, había dicho en la revista *Panorama*: “A partir de la página como espacio convencional, de los renglones sucesivos como ordenación igualmente convencional, los signos en ellos inscriptos se alejan de la escritura y rehúsan acercarse a la plástica”.

“Era una artista de culto, muy reservada, casi introvertida, de bajísimo perfil, pero en el medio era muy respetada. Muy seria, y muy comprometida con lo que hacía. Su taller era muy especial”, dice la crítica Mercedes Casanegra. Sus grafismos ilegibles eran elocuentes en tiempos de silenciamiento de la dictadura militar. Los signos expansivos y desordenados del comienzo, que podían ser de marcadores y crayones de colores, van comprimiéndose en delicadas líneas de tinta negra (para evitar una lectura plástica), recostadas sobre invisibles renglones precisos, cada vez más sintéticas.

“Siento que se desprenden de mí como entes autónomos, porque tienen su propia vida, su identidad”, decía la artista a su editora local, Silvia Ambrosini, en 2003, en una entrevista en la revista *Artinf*. Ya acomodaba en su biblioteca personal 40 libros, porque su obra nacía siempre con esa vocación por la encuadración más que por el enmarcado: “Si alguien quiere pegar una de estas páginas en la pared, que la rompa”, decía Dermisache.

Generosa también en la transmisión del conocimiento, su tarea como docente se volvió multitudinaria y abierta con las Jornadas del Color y la Forma, entre los años 70 y 80 en el Museo de Arte Moderno, el Sívori y el Centro Cultural Recoleta.

Al último taller público de 1981, que duró dos semanas, asistieron más de 15.000 personas. “Recuerdo el clima de euforia que se respiraba”, dice Casanegra. La consigna era la libre expresión a través de diferentes técnicas. “No importa lo que pasa en la hoja de papel; lo importante es lo que pasa dentro nuestro”, invitaba Dermisache.

Después vinieron años de trabajo puertas adentro, aunque en Europa se mantuvo en plena vigencia acompañada de uno de sus últimos editores, Florent Fajole. Integró *Elles* en el Centre Pompidou entre 2009 y 2011, y otras muestras colectivas en el Centre Des Livres d’Artistes, en el Pabellón de la Escuela de Bellas Artes de Bellfort y en la galería P420, en Bolonia, Italia, junto con artistas como León Ferrari, Hanne Darboven, Irma Blank y Daidamano. En Buenos Aires, participó en 2001 en *Palabras perdidas* en el Centro Cultural Recoleta, y su primera exhibición individual después de mucho tiempo fue en 2004 en la galería El Borde, y luego, en 2011, en el Centro de Exposiciones de la Universidad Católica. En enero de 2014, su obra integró *Drawing Time, Reading Time*, en el Drawing Center de Nueva York.

A mediados de 2016, su obra relució en Espacio Fundación OSDE (Suipacha 658), donde Fernando Davis y Juan Carlos Romero le dieron un lugar central en la muestra *Poéticas oblicuas*. Poesía concreta, escritura automática, conceptualismo... la obra de Dermisache reclama otra vez una definición de lo imposible, coherente de principio a fin.

“Escrituras insólitas, en un juego dialéctico entre lo real y lo imaginario”, así lo intentaba Jorge Romero Brest, en 1973. “Grafos que nada dicen y lo dicen todo, son la caligrafía del sueño”, dijo el poeta Arturo Carrera. Despiertan ansiedad de criptógrafo o la serena perplejidad de los chicos que aún no saben leer.

Cyroulnik recuerda una de sus últimas charlas: “Unas semanas antes de su muerte, ella me había dicho en su pequeño departamento-estudio que no podría concebir la idea de una exposición sin imprimir o editar una de sus obras múltiples. Está en ‘modo de espera’ todo un programa de edición e impresión de sus ‘originales’. Lo que así llamamos eran para ella maquetas para proyectos de edición de libros, folletos o carteles. Éste es el mayor homenaje que puede hacer a esta artista, que es uno de los hitos del arte argentino”. ●